

graduados dos sistemas completamente diferentes. Los soldados rasos están regidos por el terror, y las penas que se les aplican van acompañadas de torturas tradicionales, impuestas por el capricho de verdugos irresponsables. En cuanto á los oficiales, se tienen por hombres superiores, y arreglan como colegas corteses, de buena compañía, las faltas de sus iguales al deber militar por penas que no pasan de decorativas y que atestiguan una continuación de respeto hacia el oficial sentenciado. Sin embargo, prodúcense dramas terribles á consecuencia de crímenes, de traiciones y de rivalidades personales; pero inmediatamente después los grandes jefes tratan de reparar lo que llaman «el honor del ejército» y que es sencillamente la apariencia de infalibilidad de que deben gozar á los ojos de la multitud ignorante. Así, por ejemplo, en el memorable «proceso Dreyfus» en que se había impuesto la pena más grave á un hombre seguramente inocente, se vió ligarse á la mayoría de los jefes del ejército, no para aclarar y proclamar la verdad, sino, al contrario, para ocultarla: á toda costa, hasta por el asesinato y por documentos falsos, se intentó salvar el honor colectivo del cuerpo, que exigía el sacrificio de una víctima pura, «muy dichosa, se decía, de servir para la salvación de una institución sagrada». Como quiera que sea, el alma del soldado ha sido descubierta, y la crítica del observador, cada vez mejor fundada sobre hechos más numerosos, demuestra que el organismo del ejército, como el de todos los demás cuerpos establecidos en el Estado á expensas de la nación, es un verdadero cáncer que propende á extenderse sobre la parte sana del pueblo y que no puede desaparecer sino por efecto de una revolución decisiva: no hay reformas suficientes en semejante caso. No se reforma el mal; se le suprime.

Pero el miedo es buen consejero. Las diversas castas saben lo que tienen que temer de un porvenir quizá próximo, y se ligan prudentemente para hacer frente al peligro el mayor tiempo posible. Á este respecto, y á pesar del retroceso más ó menos duradero resultante para el conjunto de la sociedad, hay que felicitarse de que la evolución histórica haya producido en las comarcas que se dicen civilizadas una alianza más íntima entre los gobiernos contra los pueblos, y en cada Estado una complicidad más estrecha

entre los cuerpos constituídos, clero, magistratura, ejército, contra la masa explotable de la población; las situaciones se han aclarado



ESTADO INDEPENDIENTE DEL CONGO — EL REY ZAPPO-ZAB Y LOS GRANDES DIGNATARIOS DE SU CORTE

y los acontecimientos han tomado un aspecto lógico. Los jefes y las clases directoras comprenden cada vez más el interés que tienen en la opresión metódica de la multitud de los súbditos sin los

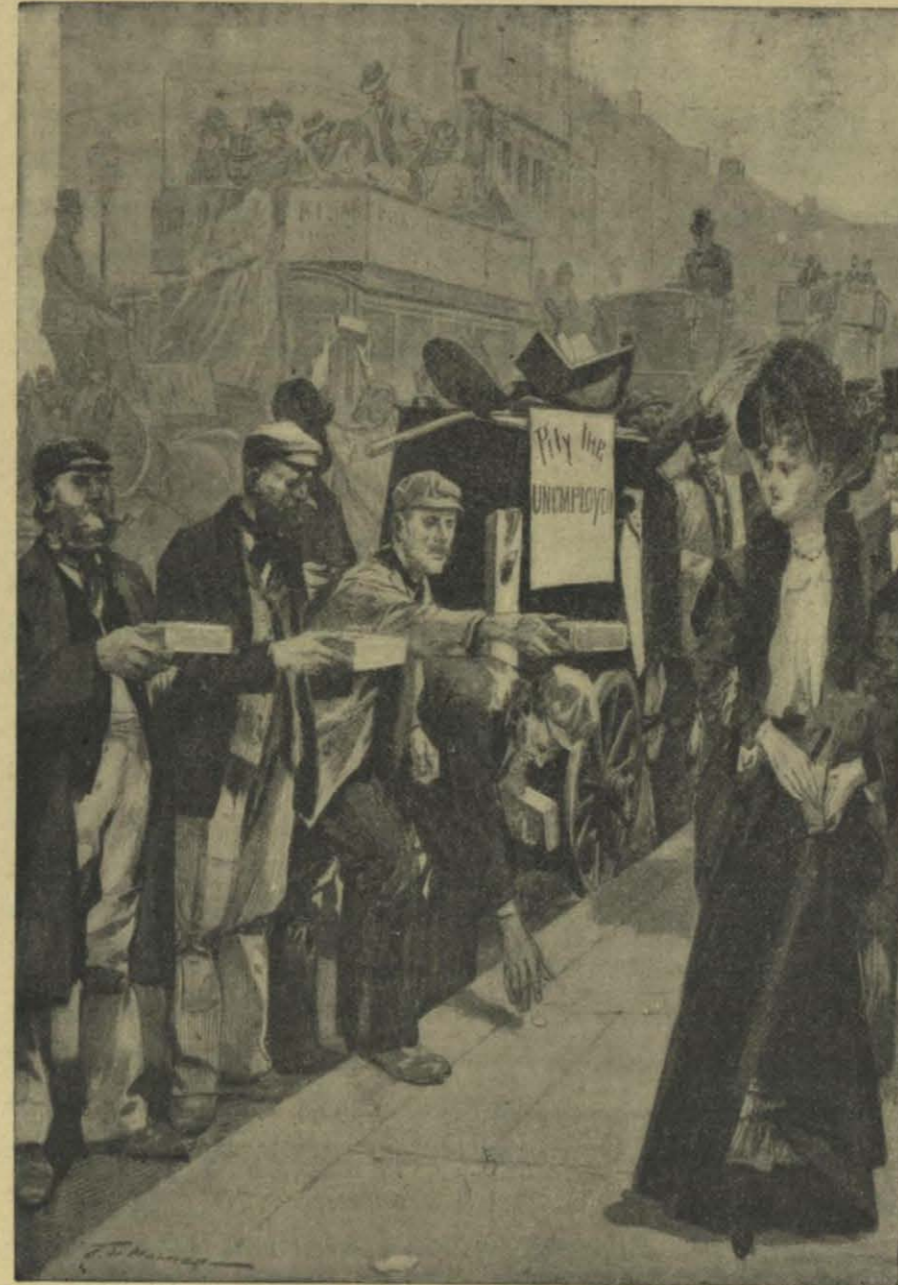
bruscos golpes de la guerra, y su principal cuidado consiste en preparar todo su aparato de defensa contra el pueblo, en el caso en que manifestase el menor intento de independencia. Los pastores de los pueblos, aquellos á quienes, con Octavio Mirbeau, se designan con el nombre de «malos pastores», tienden á constituirse en un gran Consejo, á expensas y por cuenta de la sociedad anónima de los ricos accionistas que les sostienen en el poder.

Asimismo, en los diversos Estados, los órganos del poder, antes completamente distintos y viviendo sobre un fondo de tradiciones propias, se encerraban en su celoso espíritu de cuerpo y profesaban una moral propia y exclusiva, fundada sobre la glorificación de su casta especial; pero esas diversas jerarquías, que recíprocamente se envidiaban y se odiaban, han sentido la necesidad de unirse contra el enemigo común, contra el pensador libre que las estudia y desprecia, contra el hombre que Bossuet califica de herético: «el que tiene una opinión propia, sigue su propio pensamiento y su sentimiento particular», y sobre todo contra el rebelde consciente, que no abdica su derecho de defensa, y ha comprendido el deber de obrar por sí y por sus compañeros de sufrimiento: «Contra el enemigo la reivindicación es eterna»<sup>1</sup>. En todo tiempo hubo rebeldes, pero casi siempre fueron desgraciados, embrutecidos por la miseria, que no pudiendo sufrir más, se volvían ciegamente contra el amo, pero éste ve ahora levantarse ante sí reivindicadores que conocen la causa de su miseria y los medios de salir de ella, «herejes» que, en la lucha contra la rutina, asocian su pensamiento, su sentimiento y su ciencia en vista de una acción común, desprecian las vanidades del poder y las futilidades de la riqueza, y son frecuentemente superiores á sus patronos, no sólo por la comprensión de las cosas, sino también por las cualidades morales.

Todas las clases de funcionarios y de gobernantes que tienen su parte en el presupuesto se ven obligadas á renunciar á su orgulloso aspecto de superioridad para hacer frente al peligro: soldados y curas, magistrados y parásitos que viven de la explotación de las gentes de trabajo se alían en vista del beneficio común, todos bajo la dirección

<sup>1</sup> «Adversus hostem aeterna auctoritas esto». L. Morosi, *Les Problèmes du Paupérisme*.

del prelado, de melíflua palabra, de sutil conciencia, siempre dispuesto á distinguir el bien del mal ó á entremezclarlos sabiamente.



Cl. P. Sellier.

LONDRES — CUESTACIÓN PÚBLICA POR LOS OBREROS SIN TRABAJO

Un mismo fenómeno se produce de una parte y de otra: la concentración de las inteligencias y de las voluntades alrededor de dos principios opuestos; de un lado la autoridad, que tiene su

forma lógica en el catolicismo enseñado por los Jesuitas, de la otra la libertad, que reconoce á cada uno el deber de seguir la ley de su propia conciencia. Poco á poco salen los elementos de la multitud de los esclavizados sin idea, y se dirigen hacia uno de esos polos; las opiniones intermediarias tratan de conciliar los dos extremos, se evaporan al calor de la controversia, constituyendo formas pasajeras. En política se disuelven los partidos de «izquierda», los grupos «avanzados» se replegan gradualmente y se amontonan hacia el «centro», los del centro hacia la «derecha», á medida que las reivindicaciones populares se hacen más serias y se expresan más claramente.

Todos los movimientos de emancipación se sostienen, aunque los rebeldes se ignoran frecuentemente unos á otros y hasta conservan sus enemistades y sus rencores atávicos. De Inglaterra y de Alemania á Francia y á Italia, los obreros que se detestan recíprocamente son numerosos, lo que no les impide ayudarse mutuamente en la lucha común contra el capital opresor. Así también, entre las mujeres que se han lanzado impetuosamente en el ejército de la reivindicación igualitaria entre los sexos, hubo en un principio una gran proporción que, en su calidad de patricias ó de letradas, conservaban un santo horror al obrero de vestidos viejos y sucios; pero desde los primeros tiempos del «feminismo» se vieron valientes mujeres que iban heroicamente hacia las prostitutas, para solidarizarse con ellas en la protesta contra los abominables tratamientos que se les hace sufrir y contra la escandalosa parcialidad de la ley respecto de los seductores contra sus víctimas. Arriesgando insultos y contactos repugnantes, aquellas mujeres osaron descender á las casas públicas y ligarse con sus hermanas reprobadas contra la vergonzosa injusticia de la sociedad. De ese modo, las risas groseras, los bajos ultrajes con que se acogieron sus primeros pasos, se han cambiado, en muchos de los que antes se burlaban, en admiración profunda. Es un valor de un valor superior al del feroz soldado que, poseído de furor bestial, se desenfrena á tiros y sablazos.

Todas las reivindicaciones de la mujer contra el hombre son evidentemente justas: reivindicación de la obrera que cobra menos jornal que el obrero por trabajo igual, reivindicación de la esposa en quien se castiga como «crímenes» lo que son «pecadillos» en

el esposo, reivindicación de la ciudadana á la que se prohíbe toda acción política aparente, que obedece á leyes que no ha contribuido á hacer y paga impuestos que no ha consentido. Su derecho de recriminación es absoluto, y ninguna de las que se vengan cuando la ocasión se presenta debiera ser condenada, puesto que las primeras culpas son las del privilegiado. Pero ordinariamente la mujer no se venga; en sus congresos hace, al contrario, un cándido llamamiento á los legisladores y á los gobernantes, esperando su salvación de sus deliberaciones ó de sus decretos. De año en año la experiencia les demostrará que la libertad no se mendiga y que es preciso conquistarla; les enseñará además que su causa se confunde virtualmente con la de todos los oprimidos quienes quiera que sean; en lo sucesivo habrán de ocuparse de todos aquellos á quienes se perjudica, y no solamente de las desgraciadas mujeres obligadas por la miseria á vender su cuerpo. Unidas las unas á los otros, todas las voces de los humildes y ofendidos tronarán en un formidable grito que habrá de ser oído.

No hay que engañarse. Los que buscan la justicia no tendrán probabilidad alguna de triunfar un día, ningún rayo de esperanza puede reconfortarles en su miseria si la liga de todas las clases enemigas se mantuviera sin defecciones, si se presentara sólida como el muro viviente de un cuadro de infantería; pero de sus filas salen innumerables tráfugas, unos que se van sin vacilación á engrosar el campo de los rebeldes, otros que se dispersan acá ó acullá, más ó menos aproximados al grupo de los innovadores ó del de los conservadores, pero en todo caso demasiado alejados de su lugar de origen para que se les pueda atraer en el momento de la batalla. Es natural que los cuerpos organizados se empobrezcan despojándose así de sus mejores elementos por un continuo movimiento de emigración. El estudio de los hechos y de las leyes que la ciencia contemporánea revela en su encadenamiento, las rápidas transformaciones del estado social, las condiciones nuevas del ambiente, la necesidad de equilibrio moral entre los seres que atrae lógicamente la investigación de la verdad, todo eso crea á los jóvenes un medio completamente diferente del que constituye un organismo tra-

dicional de lenta y penosa evolución. Verdad es que los representantes de los antiguos monopolios tienen también sus reclutas, sobre todo los que, cansados de sufrir por sus ideas, quieren gozar al fin de las alegrías y de los privilegios de este mundo, comer hasta saciarse y vivir á su vez como parásitos. Pero cualquiera que sea el valor particular de tal ó cual individuo que cambia de ideal y de práctica, es cierto que el ejército del ataque revolucionario gana en este cambio de hombres, porque recibe los ardientes, los resueltos, los jóvenes de audacia y de voluntad, mientras que hacia el campo de los antiguos partidos se dirigen los vencidos de la vida, llevando su desaliento y su pusilanimidad.

El Estado y los diversos Estados que le componen tienen la gran desventaja de obrar según un mecanismo tan regular, tan pesado, que les es imposible modificar sus movimientos y habituarse á las cosas nuevas. No solamente no ayuda el funcionarismo al trabajo económico de la sociedad, sino que le es doblemente perjudicial, primero molestando de todas maneras la iniciativa individual y hasta impidiendo su nacimiento, después retardando, deteniendo é inmovilizando los trabajos que le son confiados. Los engranajes de la máquina administrativa están establecidos precisamente en sentido inverso de los que funcionan en un organismo industrial. En éste se procura disminuir el número de los artículos inútiles y producir la mayor cantidad de resultados con el mecanismo más sencillo; en la jerarquía administrativa, por el contrario, hay empeño en multiplicar los encargados y los subordinados, los directores, contadores ó inspectores: se hace el trabajo imposible á fuerza de complicarle. En cuanto se presenta un asunto que no se ajusta á la rutina habitual, la administración se turba como se turba un pueblo de ranas por la caída de una piedra en el charco de su residencia. Todo se convierte en motivo de retraso ó de reprensión. Uno no quiere firmar porque tiene envidia de un rival que podría salir beneficiado, otro porque teme desagradar á un superior, un tercero reserva su opinión para darse importancia. Después vienen los indiferentes y los perezosos. El tiempo, los accidentes, las equivocaciones completan las excusas de la mala voluntad, y por último los expedientes desaparecen bajo una capa de polvo en la oficina

de algún jefe malévolo ó perezoso. Las formalidades inútiles y, en ciertos casos, la imposibilidad material de suministrar todas las firmas exigidas, detienen los negocios.

Los trabajos más urgentes no pueden hacerse porque la fuerza de inercia de las oficinas permanece invencible. Tal es el ejemplo de la isla de Re, que está en peligro de ser algún día cortada en dos por una tempestad. Del lado del Océano ya ha perdido una orilla



Cl. R. B., París.

LA COSTA DE LA ISLA DE RE INMEDIATA Á LA PUNTA DE LAS BALLENAS  
Y Á LOS PANTANOS PERDIDOS

de terreno de algunos kilómetros de ancha en ciertos puntos, y no queda actualmente en el lugar más amenazado que un istmo menor de cien metros de ancho: el cordón de dunas que forma la osamenta de la isla es allí muy débil, y todo hace prever que, con motivo de una fuerte marea de equinoccio, algún furioso viento de Oeste hará pasar un día las olas á través del pedúnculo de arena y se abrirá un amplio estrecho por los pantanos y los campos. Todos están conformes en que urge construir un poderoso dique sobre ese punto débil de la isla; pero se construyó allí ya hace tiempo un fortín, obra sin valor, abandonado actualmente á los murciélagos, sin un hombre siquiera de guarnición; no importa, está bajo la vigilancia virtual del cuerpo de ingenieros y, por consiguiente, todos

los trabajos civiles están forzosamente detenidos en sus inmediaciones: esa parte de la isla ha de perecer. No lejos de allí, las aguas de un golfo han hecho irrupción en pantanos salados y los han cambiado en un estuario sin profundidad. Sería fácil recuperar esos «Pantanos Perdidos» y los ribereños ya lo habían proyectado, pero la invasión del mar lo ha convertido en dominio nacional, y la serie de formalidades que traería consigo la recuperación del suelo aparece de tal modo indefinida que la empresa se ha hecho imposible. La tierra perdida quedará perdida, á menos de una resolución que suprima toda intervención molesta de un Estado ignaro é indiferente y permita á los interesados la libre gerencia de sus intereses.

En ciertos casos el poder se ejerce de una manera aún más absoluta por los pequeños funcionarios que por los personajes de imponente situación. A éstos su importancia misma les impone cierto decoro, se ven obligados á respetar lo que se llama los «usos del mundo» y á ocultar sus insolencias, lo que á veces basta para dominarlos y calmarlos. Por otra parte, las brutalidades, los delitos ó los crímenes que cometen los grandes provocan la atención de todos: la opinión se mezcla en sus actos y los discute con pasión; con frecuencia hasta arriesgarían ser destituidos por una intervención de los cuerpos deliberantes y arrastrarían á sus superiores en la caída. Pero el pequeño funcionario no ha de temer semejantes responsabilidades cuando un poderoso patrón le cubre con su escudo, porque entonces toda la administración superior, hasta el ministro, hasta el rey, garantiza su irreprochable conducta. El grosero puede expansionarse libremente en toda su grosería, el violento golpear á su antojo, el cruel divertirse á sus anchas en martirizar. ¡Qué infierno vivir bajo el odio de un sargento instructor, de un carcelero, de un calabocero! Por la ley, los reglamentos, la tradición, la complacencia de los superiores, el tirano es á la vez juez, testigo y verdugo. Saciando su cólera aparece siempre como fiel servidor de la infalible majestad de la justicia. Y si el destino le lleva á ser el sátrapa de alguna colonia lejana, ¿quién osará oponerse á su capricho? Entonces se eleva á la categoría de los reyes y de los dioses.

La rudeza del empleado que, protegido por una rejilla, puede permitirse ser grosero con cualquiera, el ingenio del magistrado que

se ejerce á expensas del acusado á quien va á condenar, la brutalidad del agente que detiene á pacíficos manifestantes y mil otras maneras soberbias y arrogantes de la autoridad, mantienen la animosidad entre gobernantes y gobernados. Y nótese que esos hechos que ocurren diariamente no se fundan en la ley, sino en decretos, circulares ministeriales, comentarios, reglamentos y disposiciones de los gobernadores. La ley puede ser dura, hasta injusta, pero el trabajador rara vez la encuentra en su camino; hasta puede en determinadas circunstancias atravesar la vida sin notar que está sometida á ella, hasta ignorando que paga el impuesto; pero á cada manifestación de su actividad tropieza con las decisiones dictadas por unos funcionarios mucho más irresponsables que los mismos miembros del Parlamento, decisiones inapelables y que recuerdan á cada instante al individuo la tutela á que le tiene sometido el Estado.

El número de funcionarios grandes y pequeños se aumenta naturalmente en proporciones considerables á medida que se aumentan los recursos del presupuesto y que el fisco se ingenia para hallar procedimientos nuevos para extraer más ingresos de la «materia imponible»; pero la abundancia de encargados y empleados proviene sobre todo de lo que se llama la «democracia», es decir, la participación de la multitud en las prerrogativas del poder. Cada ciudadano quiere tener su pedazo de ellas, y la ocupación principal de las gentes que tienen ya su función oficial consiste en clasificar, estudiar y apostillar las demandas de los que reclaman también su plaza. ¿No se ha pagado — y quizá se paga todavía — un inspector de los bosques de la isla de Ouessant, que en conjunto tiene ocho árboles, cinco en el jardín del cura y tres en el cementerio?

Tal es la presión ejercida sobre el gobierno por la multitud de los pretendientes, que la adquisición de colonias lejanas se debe en gran parte al cuidado de distribuir funciones. Puede juzgarse de lo que en muchos países es la colonización por el hecho de que en Argelia el número de los Franceses residentes en 1896 en los límites del territorio era un poco más de 260,000, entre los cuales se contaban más de 51,000 funcionarios de toda clase, ó sea cerca de

la quinta parte de los colonos<sup>1</sup>, sin contar los cincuenta mil hombres de guerra. Esto recuerda la inscripción añadida en un mapa al nombre de la «ciudad» de Ouchouia, la colonia urbana más meridional de América y del mundo: «Setenta y ocho residentes, todos funcionarios».

Francia, tomada como ejemplo de esta «democratización» del Estado, está dirigida por un número de unos seiscientos mil parti-

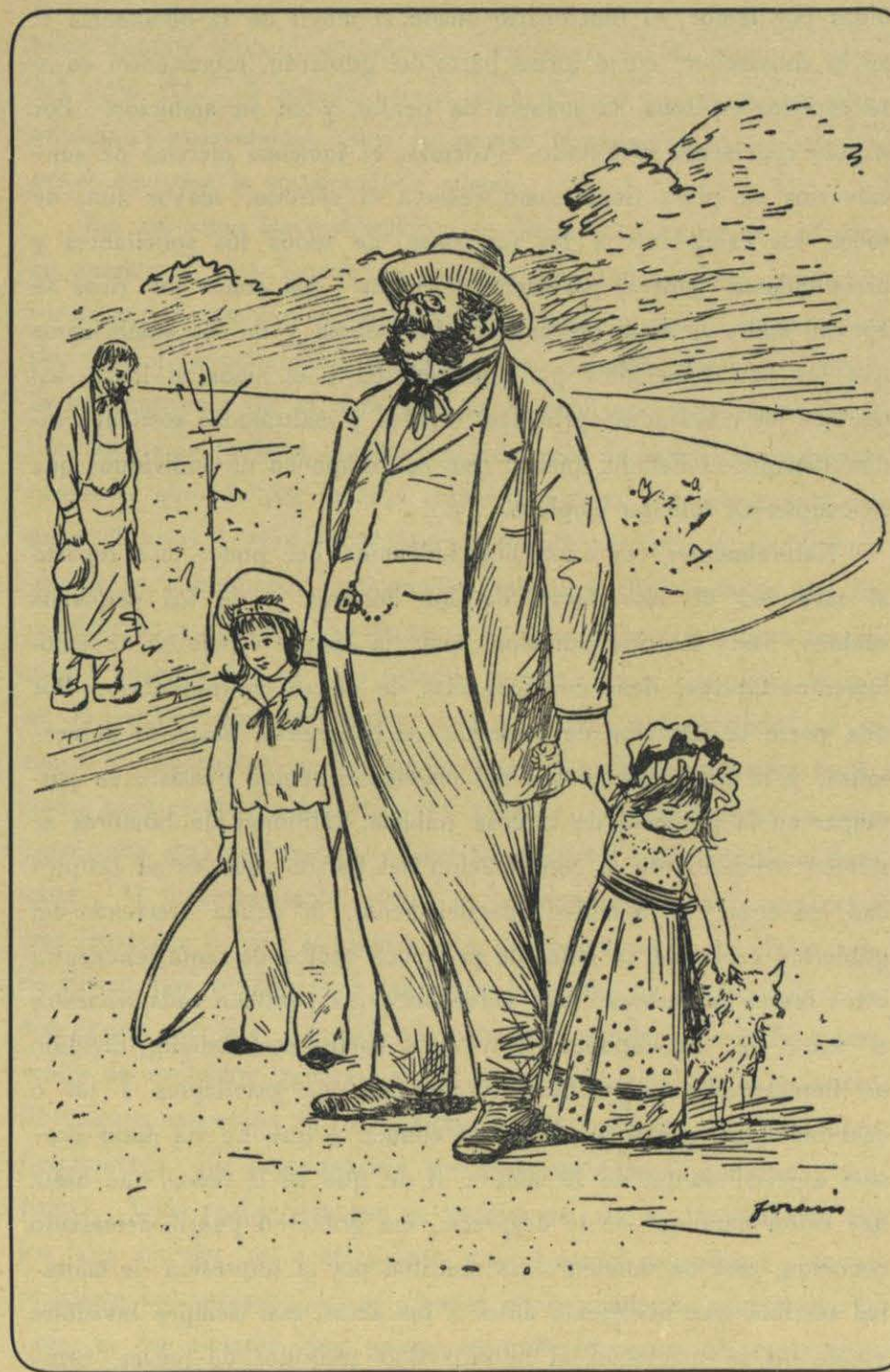


Cl. del Assiette au Beurre.

LAS POTENCIAS EN CHINA, POR STEINLEN

cipantes en la fuerza soberana, pero si se unen á los funcionarios propiamente dichos los que se consideran como tales, y que efectivamente están revestidos de cierto poder local ó momentáneo, lo mismo que los individuos separados del grueso de la nación por títulos ó signos distintivos, como guardas rurales, tamborileros de villa, pregoneros, sin contar los condecorados, resulta que el número de los funcionarios excede en mucho al de los soldados, y, tomados en su conjunto, son sostenes mucho más eficaces del gobierno que les paga, porque mientras el militar obedece las órdenes reci-

<sup>1</sup> Louis Vignon, *La France en Algérie*.



Album Forain.

Cl. Plon-Nourrit.

— Sí, hijos míos; privándome todos los días de tomar café,  
he llegado á ser propietario.

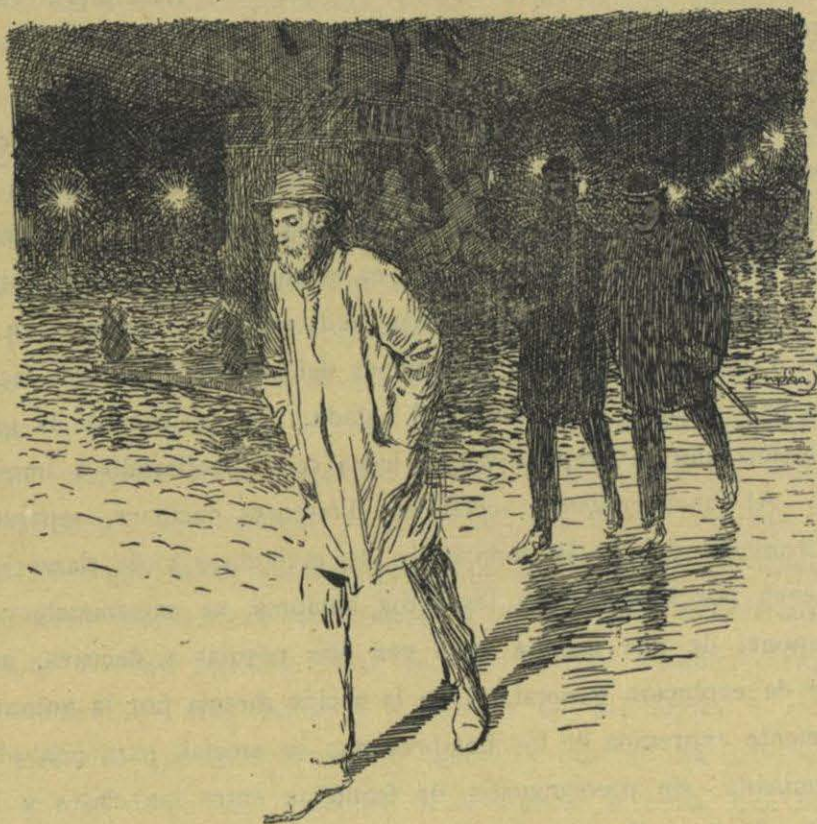
bidas por temor, el funcionario añade al móvil de la obediencia el de la convicción: como forma parte del gobierno, reconcentra en sí su espíritu en toda su manera de pensar y en su ambición. Por sí solo representa el Estado. Además, el inmenso ejército de funcionarios en plaza tiene como reserva el ejército, mayor aún, de todos los candidatos á las funciones, de todos los solicitantes y pretendientes, padres, parientes y amigos. Así como los ricos se apoyan sobre la masa profunda de los pobres y de los hambrientos que les son semejantes por los apetitos y el amor al lucro, así también las multitudes oprimidas, vejadas y maltratadas sostienen indirectamente el Estado, puesto que se componen de individuos que se ocupan en solicitar empleos.

Naturalmente, esa expansión indefinida del poder, ese reparto al menudeo de las plazas, de los honores y de los pequeños sueldos, hasta salarios ridículos, hasta la simple esperanza de emolumentos futuros, tiene consecuencias de efecto contradictorio. Por una parte la ambición de gobernar se generaliza, hasta se universaliza, y la tendencia normal del ciudadano común consiste en participar en la gerencia de la cosa pública. Millones de hombres se sienten solidarios de la conservación del Estado, que es su propiedad, su cosa; así también, paralelamente, la deuda creciente del gobierno, repartida en miles de pequeños títulos de renta, encuentra otros tantos defensores como acreedores que perciben cada trimestre el valor de sus cupones. Por otra parte, ese Estado, dividido en innumerables fragmentos y colmando de privilegios á tal ó cual individuo que todo el mundo conoce y que no ha dado ocasión especial de que se le admire ni de que se le tema, que hasta hay razón para que se le desprecie, ese gobierno pueril, demasiado conocido, cesa de dominar á la multitud por la impresión de majestad terrible que pertenecía antes á los amos, casi siempre invisibles y que no se mostraban al público sino rodeados de jueces, escuderos y verdugos. No solamente el Estado no inspira ya misterioso y sagrado terror, sino que hasta provoca risa y desprecio: por los periódicos satíricos, especialmente por las maravillosas caricaturas que han llegado á ser una de las formas más notables del arte contemporáneo, los historiadores futuros estudiarán el espíritu pú-

blico durante todo el período que comienza con la segunda mitad del siglo XIX. El Estado perece, se neutraliza por su misma diseminación; poseyéndole todos, ha cesado virtualmente de existir; ya no es más que la sombra de sí mismo.

Así es como las instituciones se desvanecen en cuanto triunfan en apariencia. El Estado se ramifica por todas partes, pero por todas partes también se muestra una fuerza opuesta, antes tenida por nula é ignorándose á sí misma, pero siempre creciente y desde luego consciente de la obra que ha de realizar. Esta fuerza es la libertad de la persona humana que, después de haber sido espontáneamente ejercida por muchas tribus primitivas, fué proclamada por unos filósofos y reivindicada sucesivamente con más ó menos conciencia y voluntad por innumerables rebeldes. En nuestros días los rebeldes se multiplican; su propaganda toma un carácter cuya forma, menos pasional que en otro tiempo, es mucho más científica; entran en la lucha más convencidos, más audaces, más confiados en su fuerza y encuentran en las condiciones del ambiente mayores facilidades para escapar á la acción del Estado. En eso consiste la gran revolución que se prepara y que hasta se va realizando á nuestra vista. Al funcionamiento social en diferentes naciones, separadas por fronteras y bajo la dominación de individuos y de clases que se tienen por superiores á los otros hombres, se entremezcla y se sobrepone, de una manera cada vez más regular y decisiva, otro modo de evolución general, el de la acción directa por la voluntad libremente expresada de los hombres que se asocian para una obra determinada, sin preocupación de fronteras entre las clases y los países. Toda realización que se verifica así sin la intervención de los jefes oficiales, fuera del Estado, cuyo pesado mecanismo y cuyas prácticas trasnochadas no se prestan al movimiento normal de la vida, es un ejemplo que puede ser utilizado para empresas más grandes, y los antiguos súbditos, convertidos en asociados, se agrupan con toda independencia, conforme á sus afinidades personales, á sus relaciones con el clima que les baña y el suelo que les sostiene y aprenden á prescindir de los andadores que tan mal les guían, dirigidos por hombres degenerados y locos. Por los fenómenos de la actividad humana en las ramas del trabajo, agricultura,

industria, comercio, estudio, enseñanza y descubrimientos, los esclavizados llegan gradualmente á libertarse, á conquistar la posesión completa de esa iniciativa individual sin la cual ningún progreso se realizó jamás.



## EL CULTIVO Y LA PROPIEDAD

*El poder de los reyes y de los emperadores es limitado, el de la riqueza no tiene límites.*

### CAPÍTULO VIII

HABER DE LA HUMANIDAD EN FAUNA Y EN FLORA.  
 DOMESTICACIÓN. — PARQUES NACIONALES Y RESERVAS. — ESPECIES HUMANIZADAS. — PROPIEDAD COMÚN. — REPARTOS PERIÓDICOS.  
 PROPIEDAD PRIVADA. — GRANDE Y PEQUEÑA PROPIEDAD.  
 TIERRA DADA EN FEUDO Ó REGALADA. — ALQUILER Y ARRENDAMIENTO.  
 MEJORAS AGRÍCOLAS. — EL SUELO Y LA HACIENDA.  
 CUADRO GENERAL DE LA PRODUCCIÓN. — CAOS Y MISERIA.

**E**L haber que se atribuye la humanidad y que representan los jardines y los campos cultivados, los rebaños de las praderas y de los eriales y, por último, los animales domésticos, se ha aumentado, de una manera general, proporcionalmente al número de beneficiarios; sin embargo, no parece que, desde la época prehistórica, las adquisiciones del hombre en especies nuevas de esencial utilidad hayan sido muy considerables. Allá en los remotos tiempos á que se remontan los testimonios escritos, ya se habían hecho los